



Las aceitunas y los aceituneros

ROPA DE TRABAJO DE LAS MUJERES

Las mujeres llevaban dentro de la canastilla o espuerta que usaban para coger las aceitunas, la ropa que se ponían al llegar al tajo para trabajar y que, terminada la jornada, guardaban en el mismo lugar.

Las ropas solían ser de colores oscuros o pardos porque encubrían más la suciedad. Esta ropa iba cuidadosamente doblada en el interior de la canastilla para que ocupase poco espacio.

Cuando llegaban al tajo, se ponían primero las enaguas (amplias, largas y recogidas con una goma en la cintura). Después un delantal atado a la cintura y en el que no faltaban dos grandes bolsillos. Los bolsillos eran muy socorridos: se guardaban en ellos piedras calientes los días de frío, un pañuelo para limpiarse la nariz y también las collejas que se encontraban al paso, para hacer una tortilla a la noche.

Los manguitos eran unas piezas de tela que se ponían en los brazos, con una goma arriba y otra abajo, resguardando así de la suciedad las mangas del niki o gamberro.

Las mujeres- siempre extremadamente pudorosas- se ponían el delantal con la parte de atrás hacia adelante para evitar enseñar las piernas, si estaban agachadas cogiendo las cabras cerca de la cuadrilla de los hombres.

El pañuelo a la cabeza permitía distintas formas de anudárselo, según el gusto personal: a lo moro, de cuatro picos o de vieja. En los días de frío siempre era recomendable de vieja porque cubría bien las orejas y el cuello.



Las aceitunas y los aceituneros

ROPA DE TRABAJO DE LOS HOMBRES

Tanto los hombres como las mujeres llevaban al campo ropas muy usadas y desgastadas, la mayoría de las veces con remiendos y piezas de tela añadidas.

Los hombre, cuando salían del pueblo solían llevar una blusa más decente y al llegar al tajo se ponían otra más vieja.

Los que podían llevaban pantalones de pana. Las camisas eran de tela de muselina y cuello de tirrilla. Imprescindibles la blusa y la boina. También, para los días de frío, se usaban las pellizas.

Las blusas tenían amplios bolsillos de parche donde los hombres guardaban el esperón, la navaja y cuerdas. Pantalones, camisas, blusas y ropa interior se hacía a mano.

En el tajo los hombres se ponían unas señeras. Se trata de una especie de delantal de cintura, pero dividido en dos parte de manera longitudinal, de manera que cada parte se ataba a cada una de las piernas.

La tela utilizada para confeccionar las señeras era una tela fuerte, llamada sarga, de rayas marrones y color beige. Las señeras se utilizaban para proteger los pantalones de las manchas de barro y alpechín. A veces los hombres ayudaban a las mujeres a coger aceitunas, al final de la jornada para no dejar ningún olivo medio coger. Entonces también eran imprescindibles para arrodillarse en el suelo y no mancharse.

De esta misma tela que las señeras era el capotillo. El capotillo era una especie de casaquilla hueca, abierta por los costados hasta abajo y cerrada por delante y por detrás. Tenía unas cuerdas para anudarse a los lados.



Las aceitunas y los aceituneros

EL CALZADO

Cada persona, en aquella época de escasez y penuria, llevaba el calzado que podía: alpargatas, albarcas, sandalias de goma y los más afortunados botillos. En los peores casos, los pies solo se protegían con unas albarcas caseras y trapos envolviendo los pies a modo de calcetines. Hacían la función de zapatos, a falta de otra cosa.

Estas albarcas caseras se hacían con un trozo de neumático o con un trozo de pita. Se les practicaba unos agujeros por los que se introducía un trozo de cuerda para anudárselas alrededor del tobillo y la pierna.

Para que las suelas del calzado duraran más, se reforzaban. A las suelas de los zapatos de los hombres se les añadía tachuelas llamadas de diente perro o herraduras de puntera tacón. Al calzado de la mujer se les ponía unas tiras llamadas leguis.

De cualquier manera, con cualquiera de estos calzados, los pies terminaban empapados cuando se derretían las heladas y en los días de lluvia. Las botas de goma llegaron mucho más tarde.

Con las botas de goma, efectivamente, no calaba el agua pero cuando hacía calor los pies se empapaban de sudor porque éstas no transpiraban. En los días de mucho frío, los pies se quedaban helados. Algunas personas ponían un puñado de paja en las suelas para amortiguar un poco el frío.



Las aceitunas y los aceituneros

EL CAMINO

En la época que nos ocupa, el camino desde el pueblo hasta llegar al tajo se hacía siempre andando. Subir la cuesta era especialmente duro. Algunas mujeres se enganchaban a la cola del mulo para ayudarse, mientras decían: "Para las cuestas arriba te quiero mulo, que las cuestas abajo, yo me las subo"

En torno a las ocho y media de la mañana desfilaban las cuadrillas por los caminos. El regreso era demasiado tarde, tanto que a veces las cuadrillas entraban al pueblo entre dos luces.

En este tiempo del camino, había tiempo de charlar, de tomarse el mollete con aceite y de calentar articulaciones. Era frecuente entablar conversación, no solo con los compañeros de cuadrilla, sino también con los linderos, porque en algún punto del camino se coincidía con ellos.

Para muchas mujeres el paseo que suponía el camino era un descanso, porque ya llevaban varias horas trajinando en su casa. Cada día había que ir a comprar la leche y el pan, preparar la talega, recoger ropa o tender la que habían estado la noche anterior lavando hasta las tantas, arreglar a los niños para la escuela... Cuando se iban las mujeres al tajo ya habían dado medio jornal.

También las mujeres se encargaban de ir recogiendo durante el día los raigones que se encontraban. Por el camino recogían más. A falta de sacos, los guardaban en el delantal. Con ellos encendían la candela, para poder guisar y sacar ascuas para calentarse.

Al llegar a casa, los hombres se arreglaban y se iban a la taberna. Mientras tanto, las mujeres se encargaban de encender y atizar la candela, lavar, planchar, guisar, estar pendientes de los niños...



Las aceitunas y los aceituneros

LAS CANASTILLAS Y LAS VARAS

Las mujeres recogían las aceitunas en una canastilla. Esta se hacía de vareta de olivo y caña. También algunas cuadrillas las usaban de esparto.

De vareta se hacían también otras canastas más grandes que se utilizaban para mudarle el agua a las aceitunas o para lavar la lana de los colchones en las albercas. De vareta también se hacían las enjugaderas donde se terminaban de secar, con el calor de brasero de picón, la ropa húmeda.

Las mejores varetas para trabajarlas eran las de los olivos castalucena, ojiblanco y negrillo.

Las varas las utilizaban los hombres para tirar las aceitunas al suelo o a los fardos. Eran de madera de olivo, de castaño o de álamo negro. Si la vara tenía algo de curva, se ponía cerca de la candela para ponerla derecha, se ataba y se le ponía una piedra colgada para que se enderezara.

Había tres tipos de varas: vara larga, vara y varillo.

La vara larga podía medir hasta 4,5 metros. La solía usar uno de los hombres más mayores. Con ella se tiraban las aceitunas de las copas más altas del olivo.

La vara era la que utilizaban todos los hombres la mayor parte de la jornada y medía entre dos y tres metros.

El varillo medía aproximadamente un metro. Tenía un gancho en forma de cayado con el que se suspendía de la correa del pantalón, para que el avareador se manejara con soltura en lo alto del olivo y le pegara con comodidad palos a las ramas.



Las aceitunas y los aceituneros

LAS PERSONAS MAYORES Y LOS NIÑOS

Las personas mayores.

Antes no había pensiones, por lo que las personas mayores se veían obligadas a trabajar en el campo hasta que sus condiciones físicas o la compasión que le tuviese el encargado, se lo permitiera.

Las mujeres mayores iban envueltas en sus toquillones y siempre se les reservaba el espacio central entre las mujeres de la cuadrilla, para que no tuvieran que coger las cabras. A los hombres mayores, sus compañeros de cuadrilla les evitaban los trabajos más duros.

Los niños.

Antes no había guarderías. De lunes a viernes los niños estaban en la escuela pero los fines de semana solían acompañar a los padres al tajo, si estos no tenían donde dejarlos.

Cuando se contaba con la ayuda de abuelos, tíos, vecinos o hermanos mayores, los niños se quedaban en su compañía. Era difícil porque desde adolescentes y hasta muy mayores, la mayoría de las personas en el pueblo trabajaban en la recolección.

Solo las personas del mulillo, los demasiado mayores o los que estaban enfermos eran los que no acudían al tajo.

Otros niños tenían que acompañar a sus padres al cortijo el tiempo que duraba la recolección y faltaban, por tanto a la escuela.

A veces los padres dejaban a los niños más pequeños a cargo de alguna hermana mayor que, por consiguiente, tampoco podía asistir ese tiempo a la escuela.

Escuela de Adultos "Juanita la Larga"
Doña Mencía (Córdoba)



Las aceitunas y los aceituneros

LOS NOVICIOS

Cuando corrían los tiempos de tanta necesidad y escasez los niños también trabajaban. Trabajaban desde muy pequeños en lo que sus fuerzas y habilidad les permitían. Muchas niñas con solo siete años trabajaban de niñeras, haciendo recados o ayudando a las criadas en las casas ricas. Lo hacían barriendo, fregando platos o lavando (aunque no llegaran al fregadero y necesitaran subirse a un cajón de madera).

Mientras tanto, los niños de siete u ocho años guardaban cochinos para ayudar a la precaria economía familiar o, al menos, para que en casa hubiera una boca menos que alimentar.

Los niños solían incorporarse a las cuadrillas de aceitunas en torno a los nueve o diez años y las niñas con once o doce años (todo dependía de la situación de cada familia)

El primer año que entraban a la cuadrilla se les llamaba novicios. Tanto niños como niñas estaban cogiendo aceitunas. A los niños se les permitía coger la vara y trabajar avareando cuando ya echaban cuerpo de hombre (aunque les siguieran pagando medio jornal hasta que cumplían los dieciséis años)

Si en la cuadrilla estaba la madre o algún familiar del novicio o novicia, se lo ponía a su lado, le aleccionaba (Una dos y tres, a la canastilla es) le calentaba las manos en días de frío y le echaba un puñado de aceitunas de vez en cuando en su canastilla si estaba más vacía que el resto de las canastillas de la cuadrilla.

Si el novicio iba solo, generalmente le tocaba situarse en uno de los extremos y encargarse de coger las cabras.



Las aceitunas y los aceituneros

SOLEO, VERDEO Y COGER DE HECHO

El soleo. Consistía en coger las aceitunas que habían caído al suelo. Hasta que abrían los molinos, los hombres se encargaban de dejarlas enterradas en la pata del olivo, por la parte alta. Muchas veces eran aceitunas muy secas y pequeñas pero entonces se cogían “hasta los huesos”. Ni una sola aceituna se quedaba atrás en el campo después de haber pasado por allí la cuadrilla.

El soleo se empezaba después del Día Jesús (solo con la mujer del manijero y del mulero) y el resto de la cuadrilla empezaba a solear después del Día De Los Santos.

El verdeo. Antes no se hacía campaña de verdeo. Cada familia cogía para autoconsumo las que necesitaba. (P'enagua). Las aceitunas de los olivos manzanillos son las preferidas para este menester. Estas aceitunas se cogían como ahora: ordeñando los olivos con las dos manos para que el fruto “no sufriera” y llegaran lo más bonitas posibles a la mesa.

Coger de hecho. Se llamaba así al avareo y recogida de aceitunas, de manera que el olivo quedaba completamente apurado de fruto, listo para efectuar la tala. Se empezaba esta tarea después de La Purísima (los días previos a esta fecha también se hacían las matanzas).

A los olivos que tenían muchas aceitunas se les cogían las del suelo, luego se ponían los fardos y más tarde volvía a pasar la cuadrilla de mujeres a recoger las que habían caído fuera. Los olivos que tenían pocas aceitunas, no se soleaban ni se ponían fardos: los hombres avareaban y luego pasaban las mujeres cogiéndolas todas.



Las aceitunas y los aceituneros

LA CUADRILLA Y LAS CABRAS

Las cuadrillas de aceituneros las formaban las personas que trabajaban juntas. Dependiendo de lo grande que fuera la cosecha y de las fincas que tuviera el patrón, podía haber una o varias cuadrillas en el mismo tajo.

Respecto a las mujeres, el primer día de trabajo se acordaba entre ellas el lugar que cada una ocuparía respecto a las demás compañeras y este se mantenía toda la temporada.

Las veteranas y las personas mayores tenían preferencia para elegir, optando por los lugares centrales. A las personas más jóvenes o a las que se incorporaban nuevas, solían dejarle los extremos. Esto implicaba coger "Las cabras", es decir, las aceitunas que quedaban esparcidas por la camada, lo que obligaba a dar un paseo alrededor del olivo, antes de situarse al lado de las compañeras.

Por otra parte, estas personas que cogían las cabras, tenían que andarse listas para llenar la canastilla al mismo tiempo que sus compañeras, porque cuando llegaba el manijero con el saco, todas debían tener la canastilla llena. Las mujeres que desde el primer momento se arrodillaban a coger aceitunas a tajo hecho, tenían más facilidad para llenar antes la canastilla. Cuando la cuadrilla llegaba cogiendo y se situaba en la zarpa del olivo se dividía en dos: la mitad se iba hacia la izquierda y la otra mitad hacia la derecha, juntándose de nuevo arriba, al terminar de coger el olivo.

Entre los hombres, por su parte, acordaban quienes harían uso de cada tipo de vara. El varillo se les dejaba a los más jóvenes, porque eso implicaba subirse al olivo para apurar las ramas más altas.



Las aceitunas y los aceituneros

DÍAS DE FRÍO Y DÍAS DE LLUVIA

Eran muchos los días que el frío del crudo invierno arreciaba y no se contaba con tan buenas prendas de abrigo para resguardarse del mismo como ahora.

Por otro lado, las mujeres podían estar cogiendo un olivo, de rodillas varias horas. Esa postura casi estática impedía al cuerpo entrar en calor con facilidad (como sucede con el tipo de trabajo que se hace ahora) No se usaban guantes ni rodilleras.

Ya en el camino se quedaba la cara helada de frío. Al empezar a trabajar, cuando se iba derritiendo la helada, el barro se pegaba al calzado y los pies se contagiaban de ese frío polar. La ropa que se tendía al raso amanecía acartonada.

En esos días tan fríos el manijero encendía una candela para que el que quisiera se acercara de vez en cuando a calentarse manos y los pies. También los hombres metían piedras dentro de la candela y cuando éstas estaban muy calientes, las envolvían en su pañuelo y se las daban a las mujeres. Las mujeres se las echaban al bolsillo del delantal y de vez en cuando se calentaban las manos con ellas.

A los novicios, siempre había alguna mujer considerada, que les cogía las manos de vez en cuando y se las restregaba fuertemente contra las suyas, para que les entraran en calor.

Los días que empezaba a llover estando en el tajo, se aguantaba trabajando y mojándose hasta terminar la jornada (a no ser que lloviera demasiado fuerte) Llegaban a casa empapados.

En cambio, si se escuchaban caer las canales desde la cama, antes de levantarse y llovía con fuerza, era sinónimo de descanso y de desayuno de tortillitas, porras o rebanadas en agua sal, tomadas sin prisas junto al café de cebada.

Escuela de Adultos "Juanita la Larga"
Doña Mencía (Córdoba)



Las aceitunas y los aceituneros

LAS COMIDAS EN TIEMPOS DE RECOLECCIÓN

Los aceituneros que iban y venían al tajo desde el pueblo, tenían un ritual de comidas distinto a las personas que trabajaban en los cortijos.

Antes de salir al tajo, los hombres solían ir a la taberna a tomarse una copa de aguardiente “Para matar el gusanillo”. En casa, solían tomar café de cebada con pan migado o rebanadas en agua sal.

Las mujeres, siempre atendiendo mil cosas a la vez, se ponían en el camino “Con el café bebío” y mientras llegaban al tajo comían tranquilamente su mollete de pan y aceite.

Eran las mujeres las que se encargaban cada día de “preparar la talega”. Según las posibilidades económicas, cada persona llevaba lo que podía. Como eran tiempos de escasez, los joyos de pan y aceite eran lo más socorrido, junto a un buen puñado de aceitunas.

En la fiambreira se llevaban “liotillos”: un trozo de salchichón, un trozo de bacalao, naranjas...Estas viandas constituían el almuerzo, que se hacía en torno a la una y media. Decían a la llamada del manijero para comer: “Vamos ya que a la hora de comer, hasta la canastilla se tira”.

Era frecuente que los matrimonios y las personas que pertenecían a la misma familia se sentaran juntas para compartir viandas. También las personas que iban solas se acercaban unas a otras a la hora del almuerzo y lo que llevaban lo compartían como buenas harmanas.

Por la noche, ya en casa, se tomaba una comida consistente: potaje de garbanzos o habichuelas, puchero...



Las aceitunas y los aceituneros

LOS FARDOS Y LA CRIBA

No existían en las almazaras maquinarias para limpiar las aceitunas tan precisas como las de ahora, por lo que las aceitunas debían llegar al molino lo más limpias posibles.

Los fardos (en nuestro pueblo se llaman así y en otras zonas lienzos o tendíos) son grandes trozos de tela especial para cubrir el suelo del olivo y que las aceitunas se avareen y caiga directamente a él. Cuanto menos sufra el fruto, mejor llega al molino y eso repercute en la calidad del aceite. Generalmente se encargaban de extender y recoger los fardos dos mujeres de las más jóvenes.

Cuando los hombres terminaban su avareo, volvían las mujeres para recoger las aceitunas de los fardos. Las vaciaban en esportones y las pasaban por la criba.

Las cribas antiguas eran de madera y más tarde metálicas. Se utilizaban para limpiar las aceitunas de hojas y piedrecillas. Para ello, se dejaban caer las aceitunas desde la parte alta de la criba, despacio, ayudando con la mano en el descenso para facilitar su limpieza. Las aceitunas caían limpias en el saco que estaba debidamente atado y preparado en la parte baja de la criba.

La criba era atractiva porque significaba estirar el cuerpo. Después de pasar los cogeores muchas horas agachados, dolían los riñones.

En las ocasiones en que no se disponía de criba o eran pocas las aceitunas a limpiar, estas se aventaban (se ponían fardos debidamente atados en un olivo y, en contra del viento, desde la camada, se lanzaban puñados de aceitunas a ellos, quedándose las hojas atrás y pasando limpias al fardo)



Las aceitunas y los aceituneros

EL APAREJO Y EL ACARREO

En las casas de labor grandes existía la figura del mulero. Él se encargaba de dar de comer a los animales, ponerle el aparejo para ir al campo, cargar las aceitunas, llevarlas al molino y, por último, llevar a los animales a la cuadra para echarles el último pienso del día.

También estaba la figura del arriero. Éste tenía una reata de mulas que alquilaba cuando las personas lo demandaban.

Aparejar a las bestias era todo un ritual. Primero le ponían el albardón encima del lomo, después los ropones, la jarma, el atajarre, la sobrejarma, la cincha y una esterilla. Lo último que se ponía sobre el animal era el serón. En el serón se llevaba el jato (el agua, las varas, la ropa que usaban en el tajo y el almuerzo)

Cuando llegaba el mulero al tajo, le quitaba el serón y la carga al animal. Éste se quedaba con el cabestro atado a un olivo y descansando, hasta que tuviera que acarrear las aceitunas. En las cuadrillas grandes, el mulero estaba todo el día dando viajes al molino con su yunta (pareja de mulos).

Cuando había un viaje (cuatro sacos si se trataba de un mulo o tres si se trataba de un borrico) el mulero iba al molino y regresaba al tajo por otro porte. Los sacos eran de yute.

Las familias que cogían sus aceitunas poco a poco, cuando apañaban la carga, regresaban al pueblo.

Teniendo en cuenta que todo el trabajo de recolección era completamente manual, coger cien kilos por persona al día era para estar más que satisfechos.



Las aceitunas y los aceituneros

EL MOLINO

La Cooperativa Olivarera “Nuestra Señora de la Consolación”, de nuestro pueblo no se creó hasta el año 1.961 (con tan solo 89 agricultores).

Antes de esa fecha había muchos molinos particulares donde las casas grandes efectuaban su propia molienda y sacaban su aceite: el molino de Pepe Caballero, el molino de Manolo Vergara, el molino de las Moreas, el molino de la familia Sotomayor... El resto de agricultores las llevaban a Crismona (que tenía una compra en el pueblo y otra en La Valeriana) o “Al Motor”.

En los molinos había dos cuadrillas, donde cada una hacía un turno de doce horas. (Esto era así para que no pararan las máquinas el trabajo) Las personas que estaban en ellas tenían el acuerdo de rotar: quince días trabajaban de día y otros quince días de noche. Cuando hacían los cambios las jornadas llegaban a las dieciocho horas.

Todo el trabajo era manual. Cuando descargaban los muleros las aceitunas lo hacían en una tolva que estaba situada en el patio. Después de limpiar las aceitunas, se pasaban a las piedras de molino. Los molinos eran de los llamados tronco-cónicos, que machacaban la aceituna por el peso de la piedra.

La masa que se obtenía la cargaban los hombres en cubos y la extendían sobre capachos de esparto. Cuando se alcanzaba determinada altura de capachos así preparados, se pasaban por la prensa, y se obtenía el aceite por un lado y el orujo por otro. El aceite se filtraba convenientemente y al orujo se le hacía un segundo prensado.

Las personas que no podían comprar el aceite de oliva “fino” (así se le llamaba) compraban el aceite de orujo y con eso se apañaban.

*Escuela de Adultos “Juanita la Larga”
Doña Mencía (Córdoba)*



Las aceitunas y los aceituneros

LA VIAJÁ O VIDA EN EL CORTIJO. PREPARATIVOS

La *viajá* era el tiempo que pasaban los aceituneros desde que partían del pueblo hacia el cortijo, hasta que regresaban, una vez terminada la recolección.

Una vez que el personal necesario para la *viajá* era contratado, se fijaba el día de la marcha al cortijo. En este día se le pedía dinero al manijero, a cuenta de trabajo.

Recordemos que en las épocas de escasez, muchas familias vivían al día. Era frecuente que los productos que retiraban de las tiendas de comestibles “los dejaran fijos” hasta contar con el dinero de los jornales o se pidiera dinero a cuenta de trabajo.

Los hombres se pertrechaban de tabaco, papel de fumar y arreos de afeitarse. Para el resto de las cosas, ya dejaban encargadas a sus esposas de hacerlo.

Las mujeres llevaban un tazón, jabón y un peine (lo necesario para el aseo personal, en una bolsita de tela que hacían las madres). También llevaban los imprescindibles paños higiénicos, porque en aquella época no había compresas ni tampones. Cada persona llevaba una jarda (una funda de colchón estrecha) para llenarla de pajotes al llegar al cortijo y esa era su cama.

No había luz, agua corriente ni servicios. El primer día de llegada al cortijo, se cogían las aceitunas de los olivos de alrededor del mismo para hacer las necesidades debajo de ellos. Se diferenciaban las zonas de hombres y mujeres.

Para dormir, en una habitación lo hacían las mozuelas, en otra los mozuelos y los matrimonios dormían en otra. A veces se improvisaban como dormitorios graneros, donde los ratones paseaban a sus anchas.



Las aceitunas y los aceituneros

LA VIAJÁ O VIDA EN EL CORTIJO. LA COMIDA

Cada quince días iba uno de los trabajadores desde el cortijo hasta el pueblo a por "La jatería". Cada trabajador hacía una lista a su familia con lo que necesitaba: chorizo, tocino, pan, naranjas... y cada familia echaba lo que podía.

El pan de entonces no se ponía duro y cada persona se administraba el suyo. La jatería se metía en un saco y se guardaba en una viga del techo. Hasta que pasaran otros quince días no había nada que pedir.

La casera era la persona encargada de preparar la comida y el casero de llevar el agua en cántaros hasta el cortijo (para guisar y asearse)

Por la mañana el desayuno solía ser café de cebada y cada uno el pan que le quisiera migar.

A la una y media se llegaba un mozuelo hasta el cortijo a por la olla. La transportaba en una *salona* (un cántaro con la boca más ancha) y al llegar al tajo se vaciaba en un lebrillo. Todos los días era potaje de garbanzos o de habichuelas. Las personas que tenían chorizo o tocino se lo daban a la casera para que lo añadiera a la olla. Antes lo señalaban con un pinchón, para saber cada uno cuál era su trozo. Todos comían en el mismo lebrillo "Un paso p'atrás y otro p'lante".

La cena solía consistir en cachorreñas. Los días de lluvia solían comerse migas (si todos se ponían de acuerdo en aportar el pan).

En general, así eran las comidas en los cortijos (aunque cada uno tuviera sus particularidades).



Las aceitunas y los aceituneros

LA VIAJÁ O VIDA EN EL CORTIJO. LAS DIVERSIONES

Cuando llegaban los aceituneros al cortijo, después de terminar el día de trabajo, volvían a repartirse de manera desigual las tareas. Los hombres se daban un chasqueo (un arreglo ligero) y se ponían a fumar o a charlar y mientras tanto las mujeres se aseaban, se cambiaban de ropa y se iban cerca del pozo, arroyo o lugar destinado para lavar la ropa.

Cuando regresaban, y hasta la hora de la cena, era tiempo feliz de diversión. Se alumbraban solo con la luz de un candil, pero nada era impedimento para bromear, cantar, bailar o decir chascarrillos.

Desde después de los Santos se empezaban a cantar las coplas de Pascuas. Cuando pasaban las Pascuas, se empezaba a cantar el Carnaval y a jugar al corro: alegría que hacía llevadero y soportable el trabajo duro, en medio de unas condiciones deplorables.

Los días de lluvia solían acercarse aceituneros de los cortijos cercanos para jugar al corro y bailar. A eso se le llamaba "Ir de mamarrones".

No pocos noviazgos se fraguaron en época de aceitunas, sobre todo en los cortijos porque había más tiempo para estar juntos y más ocasión para el juego, el baile y el acercamiento sin carabinas.

Muchísimas coplas de nuestro carnaval basan sus letras en estos noviazgo o están cargadas de insinuaciones al respecto:

"Esos dos que van bailando/ muy parejitos que son/ si la vista no me engaña/ el novio y la novia son"

Los amores del invierno/ son amores de fortuna/ yo te quiero yo te adoro/
mientras dure la aceituna.

Escuela de Adultos "Juanita la Larga"
Doña Mencía (Córdoba)



Las aceitunas y los aceituneros

LA BUÑUELÁ

La buñuelá era el nombre que se le daba antiguamente a la fiesta del remate, ya que lo que se pedía al señorito era un saco de harina y una cántara de aceite para festejar el último día de trabajo para que todos los aceituneros pudieran hartarse de buñuelos, entre risas y fiestas.

Más tarde lo que se hacía el último día de trabajo (en el campo o en el cortijo) era un arroz y unos aperitivos, acompañado de vino y cervezas. Todo lo costaba el dueño y la encargada de hacer este arroz solía ser la mujer del manijero.

Para el último día de trabajo siempre se dejaban poca faena, de manera que a mediodía todos los aceituneros estuvieran preparados para compartir comida y diversión.

Antiguamente, días antes de que se terminara la campaña de recolección, las mujeres comenzaban a tramar la forma de pedirle al señorito la buñuelá, la cual llevaban a cabo aprovechando la que suponían la última visita de éste al tajo.

Entonces, dos de las mozuelas más echás p'lante se le acercaban graciosamente por detrás, cogiéndole desprevenido y echándole un pañuelo grande (de los de la cabeza) al cuello, aprisionádoselo. Si había alguna mujer ocurrente, se lo pedía cantándole alguna coplilla inventada para la ocasión.

Inmediatamente acudían el resto de aceituneras y formaban un corro alrededor de ellos, al mismo tiempo que le pedían la harina y el aceite para la buñuelá.

El señorito accedía de muy buen humor y ese día era el más especial de toda la temporada.



Las aceitunas y los aceituneros

LOS ACEITUNEROS

Ya se pinta de rojo el paisaje
y se esconde el sol a lo lejos
cuando entre los olivares
vienen los aceituneros.

Ellas, la cara tapada,
ellos, provocando al viento.

Traen los burros vacilantes
cargados de fruto negro
que va rezumando aceite
a lo largo del sendero.

Ellas, canastilla en mano,
ellos, la larga vara de fresno.

Bronce cansado en sus rostros,
color de pena en el pelo,
vienen apagando el sol
y encendiendo los luceros.

Ellas, el alba en la boca,
ellos la noche en el gesto.

Ya están subiendo la cuesta,
ya están entrando en el pueblo.
¡Qué largo se hace el camino
cuando se está de regreso!

Ellas, se van a sus casas,
ellos se quedan bebiendo.

Bronce cansado en sus rostros,
llegan los aceituneros.

José Jiménez Urbano



Las aceitunas y los aceituneros

Con motivo del día de Andalucía, hemos preparado desde la escuela de adultos una exposición didáctica: **“La aceituna y los aceituneros”**.

Nuestro pueblo ha sido eminentemente agrícola y la aceituna su principal cultivo. La forma de recolectar el fruto se hizo siempre de forma manual; sin la intervención de ningún tipo de maquinaria que la facilitara.

Presentamos una serie de fotografías que testimonian como era la vida en el campo en época de recolección de aceitunas antiguamente.

La mayoría de estas fotografías han sido aportadas por el alumnado del centro, familiares y por amigos. El resto de las fotografías las hemos obtenido de internet.

Acompañan a las fotos textos explicativos que cuentan cómo era antiguamente la vida en el campo, costumbres y tradiciones.

Pretendemos con esta exposición que a los más jóvenes les sirva para aprender y valorar el trabajo de sus antepasados y que a los más mayores les sirva para recordar.

Ojalá que, a partir de estas fotos, las personas mayores que visiten la exposición recuerden a sus amigos, compañeros, sus vivencias y también los momentos gratos vividos, para contar a sus hijos y nietos. Seguro que los hubo, a pesar de tanto trabajo duro.

Doña Mencía, 28 de febrero de 2021

Juliana Moreno Polo
Maestra de Adultos



DÍA DE ANDALUCÍA

EXPOSICIÓN

Las aceitunas y los aceituneros

La exposición de fotografías y textos muestran cómo era antiguamente el trabajo de recolección de la aceituna.

Sala de exposiciones de la Casa de la Cultura "Juan Valera"

Inauguración:
25 febrero, 18:00 h.

Apertura:
26 de febrero
al 7 de marzo,
de 11:00 a 13:00 h.

DÍA DE LA MUJER

Homenaje a todas las mujeres que han sido concejales o alcaldesas en el Ayuntamiento de Doña Mencía.

Día 7 de marzo, a las 13:00 h.
en la Casa de la Cultura "Juan Valera".

celebra el Día de Andalucía y el Día de la Mujer. Febrero / Marzo de 2021

La Escuela de Adultos "Juanita la Larga" de Doña Mencía,